

tidades variables, clasificando así los sucesos de la calle en ruido, motín, carnaval, entierro.

El portero se limitó á despertar á Vasco; Vasco despertó á Nicolásita; Nicolásita despertó á la señorita Guillenormand, la tía de Mario.

En cuanto al abuelo dejósele dormir, calculando que sabría hartó pronto aquella desgracia.

Subieron á Mario al primer piso, sin que nadie se enterase de ello en el resto de la casa; y se le acomodó en un antiguo canapé de la antecámara del señor Guillenormand.

Mientras iba Vasco por un médico, y Nicolasa abría los armarios de la ropa blanca, Juan Valjean le tocaba en el hombro.

Comprendió, y bajó la escalera seguido del inspector de policía.

El portero los vió partir como los había visto llegar, entre cierta somnolencia de espanto.

Entraron de nuevo en el carruaje, y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert—dijo Juan Valjean,— concededme aún otra cosa.

—¿Cuál?—preguntó duramente Javert.

—Dejadme que entre un momento en mi casa. Después haced de mí lo que queráis.

Javert permaneció silencioso algunos instantes, con la barba hundida en el alto cuello de su levitón; luego bajando el vidrio delantero, dijo:

—Cochero, calle del Hombre-Armado, número 7.

XI

Sacudimiento en lo absoluto.

No volvieron á despegar los labios en todo el trayecto.

¿Qué es lo que quería Juan Valjean? Acabar lo que había principiado, advertir á Cosette, decirle donde estaba Mario, darle quizá alguna otra indicación útil, tomar, si podía, ciertas disposiciones supremas. En cuanto á él, en cuanto á lo que le concernía personalmente, era asunto concluido; habíalo cogido Javert, y no se resistía. Cualquiera otro, en semejante situación, hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thénardier y en los barrotes del primer calabozo donde entrase; pero desde lo que le sucedió con el obispo, había en Juan Valjean, tratándose de un atentado, aún siendo contra sí mismo, insistamos en repetirlo, una profunda vacilación religiosa.

El suicidio, esa misteriosa vía de hecho en lo desconocido, que puede contener hasta cierto punto la muerte del alma, resultaba imposible en Juan Valjean.

A la entrada de la calle del Hombre Armado, el coche se detuvo; era demasiado estrecha para que pudieran entrar en ella los carruajes. Javert y Juan Valjean se aparearon.

El cochero observó humildemente al “señor inspector” que el terciopelo de Utrecht de su carruaje estaba manchado de sangre del hombre asesinado, y de ba-

rrero del asesino. Esto era lo que había comprendido. Añadiendo que se le debía indemnizar.

Y sacando al mismo tiempo su libreta, suplicó al señor inspector tuviese la bondad de escribirle en ella “un breve testimonio que le “asegurase.”

Javert rechazó la libreta que le alargaba el cochero y le dijo:

—¿Cuánto te debo, incluso el tiempo de la parada y la carrera?

—Hay que contar siete horas y cuarto, respondió el cochero; el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo cuatro luises de oro, y despidió el carruaje.

Juan Valjean supuso que la intención de Javert era conducirlo á pie al cuerpo de guardia de Blanes-Manteaux, ó al de los Archivos, que estaban allí cerca.

Penetraron en la calle, que, como es costumbre, estaba desierta. Javert seguía á Juan Valjean.

Llegaron al número 7. Juan Valjean llamó á la puerta y esta se abrió.

—Está bien—dijo Javert;—subid.

Y añadió con extraña expresión, y como si le costase esfuerzo hablar así:

—¡Aquí os aguardo!

Juan Valjean miró á Javert. Aquella manera de obrar desdeñaba de la costumbre del inspector de policía; pero resuelto como se mostraba Juan Valjean á entregarse y acabar de una vez, no debía sorprenderle mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta alta confianza, la confianza del gato que concede al ratón una libertad de la longitud de su garra. Empujó la puerta, entró en la casa, diciendo al portero, que estaba acostado y desde su cama había tirado del cordón de la puerta:

—Soy yo.

Y subió la escalera.

Al llegar al primer piso se paró un momento.

Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones.

La ventana del descansillo, que era de guillotina, estaba abierta. Como en muchas casas antiguas, la escalera tenía vistas á la calle. El farol público, colocado precisamente enfrente de la casa, daba alguna claridad á los escalones, lo que equivalía á un ahorro de alumbrado.

Juan Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana, inclinóse y pudo ver toda la calle, que es corta y resultaba alumbrada por el farol de un extremo á otro. Juan Valjean tuvo un aturdimiento de estupor, ya no había nadie.

Javert se había ido.

XII

El abuelo.

Vasco y el portero habían transportado á la sala á Mario, que seguía tendido ó inmóvil, en el canapé donde se le había dejado al llegar.

El médico á quien habían ido á llamar, estaba allí.

La señorita Guillenormand se había levantado yendo y viniendo, asustada, juntando las manos, é incapaz de hacer otra cosa que exclamar:

T. V.—17

¡Es posible Dios mío!

Añadiendo de cuando en cuando: ¡Todo va á llenárenos de sangre!

Pasado el primer horror, iluminó su espíritu cierta filosofía de la situación, que se revelaba en esta exclamación: ¡Esto había de acabar así!

Pero no completó el pensamiento con la frase: "¡Yo ya lo había dicho"! tan usada en casos semejantes.

Por orden del facultativo, se había habilitado un catre de tijera junto al canapé.

El médico examinó á Mario, y después de cerciorarse de que continuaban los latidos del pulso, de que el joven no tenía en el pecho ninguna herida profunda, y de que la sangre de los labios provenía de las fosas nasales, le hizo tender en el catre, sin almohada, con la cabeza á nivel del cuerpo, y aun algo más baja, desnudo todo el busto, á fin de facilitar la respiración.

La señorita Guillenormand, viendo que iban á desnudar á Mario, se retiró, yéndose á rezar en su cuarto.

El cuerpo no había recibido ninguna lesión interior; una bala amortiguada al dar sobre la cartera, se había desviado, y corriendo por las costillas, había abierto una grieta de horrible aspecto, pero sin profundidad, y por consiguiente sin peligro.

El prolongado paseo subterráneo había acabado de dislocar la clavícula rota, y ésta presentaba serias complicaciones.

Tenía los brazos acuchillados, pero ningún tajo desfiguraba su rostro.

Sin embargo, la cabeza estaba cubierta de heridas.

¿Debían ser peligrosas aquellas heridas? ¿Deteníanse en la superficie? ¿Llegaban al cráneo? No se podía decir aún. Era un síntoma grave que hubiesen producido el desmayo, y no siempre se despierta á los desmayados de esta clase. La hemorragia, además, había debilitado al herido.

De la cintura abajo habíale protegido la barricada.

Vasco y Nicolaita se ocupaban en rasgar trapos y preparar vendas, Nicolaita las cosía, y Vasco las arrollaba. Faltaban hilas, pero el médico había restañado provisionalmente la sangre de las heridas con bolitas de algodón en rama.

Sobre una mesa, al lado de la cama, había tres bujías encendidas, con el estuche de cirugía abierto.

El médico lavó el rostro y los cabellos de Mario con agua fría. En un instante quedó teñido de rojo un cubo lleno.

El portero alumbraba.

El médico parecía meditar tristemente.

De cuando en cuando hacía signos negativos con la cabeza, como respondiendo á alguna pregunta interior. Acostumbran á ser de mal agüero para el enfermo estos misteriosos diálogos del médico consigo mismo.

En el momento en que el médico limpiaba el rostro y tocaba apenas con el dedo los párpados siempre cerrados de Mario, abrióse la puerta del fondo, apareciendo en el umbral una figura alta y pálida.

Era el abuelo.

El motín hacía dos días que traía inquieto, indignado y preocupado al señor Guillenormand. No había podido dormir durante la noche anterior, y durante el día había estado calenturiento. Se había acostado al anochecer, recomendando que se echasen todos los cerrojos en la casa, y abrumado de fatiga estaba dormitando.

Los ancianos tienen el sueño ligero; el cuarto del señor Guillenormand estaba contiguo á la sala; así fué que á pesar de todas las precauciones que se tomaron, el ruido le despertó.

Sorprendido de ver luz á través de las rendijas de la puerta, saltó de la cama dirigiéndose á tientas á la sala.



Estaba en el umbral, con la mano apoyada á la puerta á medio abrir, la cabeza temblorosa y un poco inclinada hacia adelante, el cuerpo envuelto en una bata de noche, blanca, estirada y sin pliegues como un sudario: atónico. Parecía un fantasma mirando en una tumba.

Vió el catre y sobre el colchón aquel joven ensangrentado blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, llena de heridas rojas é inmóvil, vivamente alumbrado.

El abuelo sintió de los pies á la cabeza todo el estremecimiento de que son capaces unos miembros casi osificados; sus ojos, cuya córnea estaba casi amarilla por causa de la avanzada edad, se velaron con una especie de reflejo vidrioso; toda su cara tomó en un instante los ángulos terrosos de una calavera; sus brazos cayeron colgando como si se les hubiera roto el resorte que los sustentaba, y su estu- por se adivinaba por la separación de los dedos de sus trémulas manos; sus rodi- llas formaron un ángulo hacia adelante, dejaron entrever por la abertura de su bata sus pobres piernas desnudas y erizadas de blanco vello; mientras exclamó balbuceando:

—¡Mario!

—Señor—dijo Vasco,—acaban de traer al señorito. Ha estado en la barrica- da, y . . .

—¡Está muerto!—gritó el anciano con voz terrible.—¡Ah tunante!

Entonces una especie de transfiguración sepulcral irguió como un muchacho á aquel centenario.

—Señor mío—dijo,—vos sois el médico; empezad por decirme francamente, está muerto, ¿verdad?

El médico, en el colmo de la ansiedad, guardó silencio.

El señor Guillenormand retorció sus manos, prorrumpiendo en una espan- tosa carcajada.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! Se ha hecho matar en las barricadas. . . . por odio á mí! ¡Ha sido en contra mía que ha hecho esto! ¡Ah! ¡Bebedor de san- gre! ¡Es así como vuelves á casa! ¡Miserable de mí! ¡Ay! ¡Está muerto!

Y dirigiéndose á la ventana, la abrió de par en par como si se aliogase; y de pie, ante las sombras de la noche, se puso á hablar con ellas:

—¡Traspasado, acuchillado, degollado, exterminado, desmenuzado, hecho pe- dazos! ¡Sabía que yo le esperaba, que había hecho arreglar su cuarto, y colgar á la cabeza de mi cama su retrato de cuando era niño! ¡Sabía que no tenía más que volver, y que no he cesado de llamarle en tantos años; y que todas las noches me sentaba al hogar con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me había vuelto loco!

—“¡Tú sabías esto; tú sabías perfectamente que con sólo entrar y decir: “Soy yo,” ibas á ser el amo de la casa, y yo te hubiera obedecido, y hubieras dispuesto á tu sabor del bobalicón de tu abuelo! Lo sabías y has dicho: “¡No; es un realista, y no iré!” ¡Y te has ido á la barricada, y te has hecho matar por perversidad! ¡Por vengarte de lo que te dije á propósito del señor duque de Berry! ¡Es una con- ducta infame! ¡Y luego acostaos y dormid tranquilos! Para encontrármelo muer- to. ¡Vaya un despertar!”

El médico, que empezaba á alarmarse por los dos, dejó un momento á Mario, y yendo á la ventana, cogió al señor Guillenormand del brazo. Volvióse el abuelo, le miró con ojos que parecían agrandarse y brotar sangre, y díjole con calma.

—Señor mío, os lo agradezco mucho, pero estoy tranquilo; soy un hombre que ha visto la muerte de Luis XVI, y sabe sobrellevar las desgracias. Lo terrible para mí es pensar que vuestros periódicos tienen la culpa de todo. Tendréis escri- torzuelos, habladores, abogados, oradores, tribunos; discusiones, progresos, luces, derechos del hombre, libertad de imprenta, y todo cuanto queráis, pero os traerán

así á casa los hijos. ¡Ah Mario! ¡Esto es abominable! ¡Asesinado! ¡Muerto antes que yo! ¡Y en una barricada! ¡Ah pícaro!

Doctor, creo que vivís en este barrio. Sí, os reconozco perfectamente. Desde mi ventana os veo pasar en vuestro cabriolé. Debo decíroslo. Haríais mal en creer que estoy irritado. No es posible irritarse contra un muerto. Sería una barbaridad. Es un niño á quien he criado. Yo era ya viejo cuando él era todavía chiquitín. Jugaba en las Tullerías, con una pala pequeñita y un carrito, y para que los inspectores no gruñesen, iba yo tapando con mi bastón los agujeros que él hacía con su pala en la arena. Un día gritó: “¡Abajo Luis XVIII!” y se fué. No es mía la culpa.

“Era sonrosado y rubio. Su madre ha muerto. ¿No habéis reparado que todos los niños son rubios? ¿En qué consiste? Es hijo de uno de esos pícaros de Loire; pero los hijos son inocentes de los crímenes de los padres.

“Recuerdo que cuando era así tamañito, ¿cuánto le costaba pronunciar la “d”! En la dulzura del acento se le hubiera creído un pájaro. Un día, delante del Hércules Farnesio, se formó un corro para admirarle; ¡tan hermoso era! Su cabe- za se parecía á las que se ven en los cuadros de ángeles. Yo ahuecaba la voz y le metía mjedo; pero él ya sabía muy bien qué era ello.

“Por la mañana cuando entraba en mi cuarto, yo refunfuñaba, pero su pre- sencia me hacía el efecto del sol. No hay defensa contra estos mocosos. En cuanto le cojen á uno, ya no le vuelven á soltar. La verdad es que no había nada tan cari- ñoso y cándido como ese niño.

“¡Vénganme á mí ahora hablando de los Lafayette, de los Benjamín Constant y de los Estirasuelas de Corcelles, que me lo asesinan! Esto no puede quedar así.”

Acercóse á Mario, que seguía lívido é inmóvil, y á cuyo lado había vuelto otra vez el médico, y empezó á retorcerse los brazos.

Los labios blancos del anciano se agitaban como maquinalmente, y de ellos salían como soplos estertóreos, palabras casi ininteligibles que se oían apenas.

—¡Ah desalmado! ¡Ah clubista! ¡Ah malvado! ¡Ah setembrista!

Repaches en voz baja de un agonizante á un cadáver.

Poco á poco y siendo como es indispensable que estallen las erupciones interio- res, el encadenamiento de las palabras se restableció; pero parecía ya faltarle al abuelo la fuerza necesaria al pronunciarlas; su voz estaba tan sorda y apagada co- mo si viniese del otro lado de un abismo.

—¡Me es ello igual, puesto que también voy á morir! ¡Y cuando pienso que no hay en París una mujer que no se hubiese alegrado de labrar la felicidad de ese miserable! ¡Un salvaje que en vez de divertirse y de disfrutar de la vida, ha ido á combatir, y se ha dejado ametrallar como un tonto! ¿Y por quién? ¿Por qué? ¡Por la república! ¡En vez de ir á bailar á la Chaumiére, com deben hacer los jó- venes! ¡De qué le ha servido tener veinte años! ¡La república, lindo perifollo de necedades!

“¡Pobres madres, dad, dad buenos mozos al mundo! En fin, está muerto. Ha- brá dos entierros en la casa.

“¡Te has dejado adornar de ese modo por los bellos ojos del general Lamar- que! ¿Qué favores te había dispensado ese general Lamarque? ¡Un matachín! ¡Un charlatán! ¡Dejarse matar por un difunto! ¡Hay que volverse loco! ¿Puede esto explicarse? ¡Y sin volver la vista, sin mirar si en el mundo quedaba alguno

detrás de él! ¡Ay! ¡Ahora los pobres viejos habrán de morir solos! ¡Revienta ahí en ese rincón, buho!

“Pues bien á la verdad, más vale así, ya me lo esperaba; esto me va á matar sin remedio. Soy demasiado viejo; tengo cien años, tengo mil años; hace mucho tiempo tengo el derecho de morir. Con este golpe se acabó todo. Todo concluyó: ¡qué felicidad! ¿A qué viene hacerle ahora respirar ese amoniaco y todas esas dro-



gas? ¡Trabajo inútil, torpe de médico: Idos: está muerto, bien muerto. Lo digo yo, que entiendo de eso; yo que también estoy muerto. No ha hecho nunca él las cosas á medias. ¡Sí; los tiempos que corremos son infames, infames, y he aquí lo que pienso de vosotros todos, de vuestras ideas, sistemas, maestros, oráculos y doctores, como de vuestros escritoruelos, de vuestros míseros filósofos y de todas las revoluciones que espantan desde hace sesenta años á esas nubes de cuervos de las Tullerías!

“¡Y ya que has sido implacable haciéndote matar como lo has hecho, tampoco tendré yo siquiera el pesar de tu muerte! ¿Lo entiendes, asesino?”

En aquel momento abrió Mario lentamente los párpados, y su mirada, velada aún por el asombro letárgico, se fijó en el señor Guillenormand.

—¡Mario!—exclamó el anciano.—¡Mario! ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! ¡Hijo amado! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo! ¡Gracias, hijo mío, gracias! Y cayó desmayado.

1
 2
 3
 4
 5
 6
 7
 8
 9
 10
 11
 12
 13
 14
 15
 16
 17
 18
 19
 20
 21
 22
 23
 24
 25
 26
 27
 28
 29
 30
 31
 32
 33
 34
 35
 36
 37
 38
 39
 40
 41
 42
 43
 44
 45
 46
 47
 48
 49
 50
 51
 52
 53
 54
 55
 56
 57
 58
 59
 60
 61
 62
 63
 64
 65
 66
 67
 68
 69
 70
 71
 72
 73
 74
 75
 76
 77
 78
 79
 80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99
 100

